



lit. Felipe C. Rojas, Madrid

EL REY LO COGIÓ Y SE LO CIÑÓ

CAPILLA ALFONSO X

una sola tilde falte jamás á la Constitución». Aquel hombre tan cristiano desconocía y olvidaba la palabra de Cristo, que dice: «la letra mata y el espíritu vivifica.» En tal trance, muchos cortesanos rogaban á la princesa Isabel se retirase, pues en su angustia y en su virtud, parecía una de las santas mujeres en el altísimo Calvario. Pero la hermana quiere morir con el hermano. Entretanto el tumulto crece, arrecia la tempestad. El carnicero Legendre se dirige al Rey, diciéndole, *caballero*, como se dicen unos á otros los ciudadanos de calidad. Por vez primera la palabra Señor, no suena en sus oídos, ni el título de Majestad. Luis XVI sintió el vértigo de su caída, y llegó á medir el abismo de su destronamiento. Coreado por diversas vociferaciones de los blasfemos, después de haber llamado á su rey pérfido, el carnicero lee un memorial de agravios parecido á los considerandos de una sentencia capital fulminada sobre la monarquía. Luis XVI respondía encerrándose dentro de la letra del Código fundamental: «la letra lo mató». Mientras pasaba esto entre la monarquía tradicional y el carnicero jacobino, algunos revolucionarios confunden la princesa Isabel con la Reina María Antonieta, y se dirigen á ofenderla. Pero les gritan que no es la Reina, sino la infanta, y se detienen. La valerosa princesa reconvinó á los reveladores de su nombre, diciendo que un crimen perpetrado en ella quizá evitara otro mayor crimen. Entre los gritos redoblados, el desorden cáotico, los bastones convertidos en armas, los sables que relumbran, los puñales que chispean, los desacatos que caen sobre la persona real, quiso hablar Luis XVI, pero le faltaba el único poder capaz de conjurar aquella nube, le faltaba el don de la palabra.

El gorro frigio, puesto en una pica, se levanta sobre las cabezas de aquella multitud. Un grito fragoroso lo saluda. Quien lo levanta, llévalo cerca del rostro de Luis XVI. El Rey lo coge y se lo ciñe. Tal acto equivalió á coronar la República y destronar la Monarquía. El acto de la decalvación, por cuya virtud perdían los antiguos godos su diadema, no puede compararse con esta maquinal aceptación del gorro frigio, aceptación que no fué un acto de cobardía, fué tan sólo un acto de suicidio tremendo: el Rey aguantaba impávido todas las desventuras, pasaba por todas las humillaciones. En su impasibilidad está su excusa. Y en la resignación su apoteosis. No puede calcularse cuánto hubiera durado la crucifixión aquella, si Verniaud é Isnard no se presentan. Ya le daban los acibares y los vinagres del Gólgota. Cierta demagogo le brinda un rebotante vaso de vino, y el Rey lo apura de un trago. Estos dos diputados poseen el don de la palabra y gozan ascendiente sobre las muchedumbres. No importa. Quieren hablar y nadie les oye. Imposible hablar por el Rey, sólo posible hablar contra el Rey. Dos horas habían pasado ya cuando Pétion se presenta, dando excusas. El Rey las rechaza, no con imperioso gesto, con fina ironía. Pétion, dueño de todos los instrumentos imaginables del poder público, jefe de muchas gentes armadas, tiene que apelar al Verbo, el arma de los tribunos. En aquellos primeros momentos nadie le oye. Después la insistencia del Alcalde y el cansancio de los tumultuados

despejan la sala. Mientras tanto la Reina se deshacía en lágrimas y se desahogaba en sollozos. Impaciente por unirse al Rey, habíala preso, casi, y la retenían secuestrada en el salón perteneciente al Consejo de Ministros. Toda su corte de bellas damas la circuía: el hueco de una ventana, servíale de asilo; y la grande pesada mesa del Consejo se interponía entre su persona y los invasores. Desde allí oía todas las vociferaciones con todos los insultos, estremeciéndose á cada paso con un estremecimiento terrible, pasando más penas que si estuviese al lado de la persona del Rey. En punto de las siete llegó la princesa Isabel á la sala de ministros; poco después llegó la multitud, que mucho había maldecido y odiado al Rey, mas nunca lo maldijera y odiara tanto como á la Reina. Si veían pasar una señora llamábanla por insulto la austriaca; y si registraban cualquier cuarto y lecho requerían de todo y de todos la austriaca. En procesión desfilaron. Unos llevaban la horca, y en ella precioso maniquí, remedo de la Reina; otros enseñaban alta linterna, de la cual pendía pataleando Antonieta; varios exprimían un corazón de buey, al cual denominaban corazón de Luis XVI; algunos celebraban unos cuernos con frases y leyendas obscenas; quién echaba un gorro frigio para que las personas reales con él se adornasen, y quién la toreaba con cintas tricolores: alguna que otra mujer, más sensible, después de insultarla, caía por tierra llorando; saltaban muebles, se rompían espejos, y el tumulto no se calma en presencia de la Reina sino después que llegan los diputados y ahuyentan las muchedumbres rendidas por el cansancio y por el sueño. Hubo escenas sumamente variadas en esta horrible tragedia. Como al calor de Junio se uniesen las evaporaciones y los miasmas de una muchedumbre caldeada, encendida, nadie podía respirar allí, y menos el Delfín, á quien, para mayor ignominia, le habían ceñido un gorro, bajo cuyo peso el pobre niño sudaba la gota mortal, ahogándose y pareciendo ya mortecino: situación á la cual puso término un revolucionario compasivo, arrancando al heredero del trono tal emblema de su futura suerte. El Rey, por su parte, al verse libre, corría en brazos de su familia, y llevaba el gorro frigio aún, muy olvidado de quitárselo. Entre tales desgarradoras escenas arriban unos diputados. La Reina les cuenta sus desgracias. El jacobino Thionville se conmueve y llora. «¿Llorais?» Le pregunta María Antonieta. «Sí, lloro por la madre y por la esposa, mas no lloro por la Reina, pues soy enemigo nato de todos los Reyes».

Durante la sesión del tres de Julio, el año mil setecientos noventa y dos, apenas caído el ministerio de sus amigos, pronunció Vergniaud un maravilloso discurso, maestra obra entre sus obras maestras. Indudablemente no fulminaba el orador de Limoges como fulminaba el orador de Marsella. No escribía en el aire aquellas palabras fulgurantes parecidas á las trazadas por ángeles misteriosos en las palacios de Oriente. Mirabeau combatía una realeza de dos mil años; Vergniaud una realeza de dos años apenas. Mirabeau se revolvió furioso contra una eterna monarquía histórica; Vergniaud contra una débil y transitoria monarquía constitucional. El primero, quiso, después de arrancar aquel árbol mis-

terioso, que se llamaba Realeza, replantarle de nuevo; el segundo arrancó sus últimas raíces, y sin curarse para este desarraigo de si el suelo francés guardaba disposición al replanteo y si era este replanteo adaptable al estado mental de su patria. Por esta causa, por la diferencia entre los dos medios ambientes, mientras las oraciones de Mirabeau contra el régimen absoluto parecen sublimes sentencias fulminadas por un Dios, los discursos de Vergniaud parecen elocuentes alegatos clásicos, muy análogos con los dichos por Demóstenes y por Cicerón en el foro de sus respectivas ciudades. El pacto entre la Gironda y el Monarca se ha roto. Luis pone más miramientos cuando despide á sus lacayos que puso cuando despidió á sus ministros. La concordia difícil se ha disuelto, reemplazada por una completa discordia. Tal arenga mató á Luis XVI. Bajo sus frases el trono constitucional se hundió y sobre sus frases también se alzó la guillotina revolucionaria. Comenzábase por unas preguntas ó interrogaciones, parecidas á los improperios fulminados por Cicerón en la cabeza de Catilina ó de Antonio. Cuando parecían progresar en Brabante los ejércitos nacionales, abandonan éstos las ventajosísimas posiciones suyas y no quedará más recuerdo de ellos entre los infelices belgas que las llamas del incendio iluminando su retirada; y mientras se aseguraba tardarían mucho los ejércitos prusianos en llegar, avanzaban por el Rhin; situación angustiosa, en la cual no podía darse arriba el tropiezo menor sin que rodase todo á los abismos de abajo. Inexplicable para Vergniaud, cómo, á la hora del mayor empeño y al término del período más crítico, la marcha de los nacionales ejércitos se detiene, la crisis ministerial se presenta, los trabajos de reorganización y defensa se suspenden, los lazos de mutua confianza entre la Monarquía y la Cámara se desatan; entrégase á manos inexpertas la salud del Imperio; la casualidad ó el azar suceden al cálculo; y multiplicándose las dificultades nacionales, con ellas se multiplican, en vez de los remedios pronto y eficaces, las más inauditas é increíbles torpezas. Los proyectos complementarios del ejército llegan al trono precedidos de la calumnia y maltrechos por obra de la perfidia; el triunfo nacional próximo aparece, no como un verde lauro, como terrible conminación; se vierte la sangre de los libres y se regatea ó economiza la sangre de los emigrados; ante las vibraciones apocalípticas de dos guerras indecibles, una civil y otra extraña, se rompen todas las leyes que pudieran ocurrir á conjurarlas; y diríase que intentan reinar los omnipotentes sobre ciudades incendiadas y campos yermos, ignorando ellos mismos cuántas lágrimas y miserias y sangre se necesitarían para nutrir sus odios y satisfacer sus venganzas. ¿Qué pensáis hacer, legisladores, preguntaba Vergniaud, para redimir la patria? Vosotros, en quienes intentan á diario alarimar las conciencias, llamando espíritu faccioso á vuestro espíritu liberal, como si pudieran olvidar que una corte despótica llamó faccioso al juramento en Versalles; que las cobardes aristocracias han infligido este nombre á todos cuantos héroes tuvo la Revolución y á todos cuantos expugnadores tuvo la Bastilla; vosotros, á quienes se ha calumniado para envilecer al pueblo envileciendo su representa-